

Discurso de presentación del rectorado

3 de julio de 2014

Están ya muy lejanos en mi recuerdo aquellos días de agosto de 1971 en los que ingresé a la Universidad de Lima. Desde entonces, llevo 43 años viniendo a este campus, primero como alumno; luego, desde 1979, como docente y, ya desde los noventa, dieciocho años consecutivos como autoridad: seis de director académico y doce de decano. Fui el primer decano exalumno de mi facultad y ahora tengo el enorme privilegio de ser el primer rector exalumno de mi Universidad.

En efecto, acaba de cumplirse de modo impecable el calendario de cambio de autoridades en la Universidad. Estos días transcurren en la feliz dinámica de agradecer la confianza depositada en nosotros, sus nuevas autoridades, y, por nuestra parte, de devolverla, recreando así, en ambas direcciones, una sólida red de fidelidades recíprocas, de fe en lo que podemos hacer en equipo como institución y por nuestra institución.

Así, a la vez que permanece en su ser, en su identidad, la Universidad de Lima se renueva, se reanuda. Las personas somos nudos en redes de relaciones antes que individuos abstractos y aislados. Esos gestos de confianza son, pues, reanudaciones. Lo que persiste es siempre lo que se regenera. Renaciendo acentuamos la vida.

Unamuno afirmaba que la fe es el poder creador del hombre; pensaba, en suma, que porque creemos creamos. O bien, que creamos (en) lo que creemos. Cabe recoger esa consigna: ¡creamos! Dos significados conviven en ella: por un lado, el propósito de creer en nosotros mismos, principio de la confianza institucional como fuerza creadora; y, por el otro, la afirmación de crear, principio de la acción vital de una institución. La inversa ocurre en ¡creemos!: por un lado, el propósito de crear realidades plenas, ricas; y, por el otro, la afirmación de creer en la solidez de los lazos que nos congregan en una actividad común, en la fuerza vinculante que hace de nosotros un cuerpo solidario; en suma, que nos permite reconocernos, respetarnos e interactuar como miembros integrantes de una organización en la que tenemos comunidad de intereses, de objetivos y de acción.

Los lineamientos que expondré al final de este discurso son posibilidades vivas merced a la excepcional ejecutoria de la doctora Ilse Wisotzki al frente de la Universidad de Lima. Ella ha entregado gran parte de su vida a esta Casa de Estudios dejando un claro ejemplo de honestidad, dedicación, rigor y sobriedad. La huella de su brillante gestión nos rodea por todas partes; tanto en lo que se refiere al orden eficiente y eficaz de nuestro funcionamiento institucional como a la óptima calidad académica de las carreras y a la solidez de la infraestructura, expresada en nuestro bello campus. Ese cimiento tan firme y consolidado garantiza la mejora de los procesos actuales y las transformaciones estratégicas en la gestión que estamos iniciando.

Es justo y necesario reconocer también la labor de las Direcciones Universitarias y de las Oficinas que apoyan prestamente con su trabajo ordenado, diligente y comprometido, las iniciativas de las Unidades Académicas.

Estos son tiempos en los que el pragmatismo opaca al espíritu, en los que la utilidad se confunde con la verdad. Pero son nuestros tiempos, qué duda cabe. Hoy se habla más de adquirir competencias para la industria y para las empresas que de formación y de educación propiamente dichas. En 1968, dos profesores de la Universidad de Lovaina, Jacques Drèze y Jean Debelle, presentaron un estudio titulado *Concepciones sobre la Universidad*, que fue prologado por Paul Ricoeur. Distinguían, por un lado, las universidades del “Espíritu” sustentadas en la “idea” de Universidad propuesta por Karl Wilhelm von Humboldt, John Henry Newman, Alfred North Whitehead y Karl Jaspers, a saber, una universidad liberal, abierta, creadora, autónoma, no circunscrita a condicionamientos exteriores de ninguna naturaleza y que corresponde a la “universidad sin condiciones cuya tarea es la búsqueda de la verdad sin coacción alguna”, universidad de la que habló más tarde Jacques Derrida mencionando su “profesión incondicional de fe” en la verdad; y, por otro lado, las universidades del “Poder” que no corresponden a la “idea” del espíritu (siempre abierto, dinámico y creador), sino al concepto de la “razón” (inclinada siempre a delimitar, a circunscribir y a fijar) y que se sujetan a intereses extrínsecos a la búsqueda misma de la verdad, como son los intereses

particulares y circunstanciales de diferentes entidades y en especial a los intereses del Estado. Modelos clásicos de esta última concepción son, de un lado, la Universidad Napoleónica que buscaba el control y la estabilidad política del estado imperial; y, de otro lado, la Universidad de la Unión Soviética que pretendía la construcción y el fortalecimiento de la sociedad comunista. En ambos casos la universidad se degradaba hasta convertirse en un instrumento para el ejercicio del poder. Pero hoy no está en juego solo el poder del Estado sino el de grandes corporaciones y consorcios.

Esa distinción entre la “idea” y el “concepto” de Universidad solo pretende examinar los peligros que la amenazan: los Estados o las grandes corporaciones pretenden muchas veces fijar su rumbo subordinándola a intereses y requerimientos del momento tales como la globalización económica, la competitividad comercial, el problema del desempleo, la tecnificación de la vida social y la homogenización cultural.

Empero, hay aspectos transformadores en la vida universitaria que le pueden permitir retomar su función crítica guiada por la búsqueda incondicional de la verdad; por citar solo algunos: la investigación básica como actividad nuclear de carácter ampliamente transdisciplinar e interdisciplinar; la organización en red de las universidades afines; la competitividad en la calidad de estudiantes y profesores; las facilidades especiales para los estudiantes y académicos más brillantes. Hay que

poner esos aspectos en el contexto de la actual tendencia globalizadora que, al perseguir solo el interés económico y el desarrollo material, termina deshumanizando la vida. En concreto, los países latinoamericanos, urgidos por un cúmulo de necesidades y de carencias, estimulados por la necesidad de competir en mercados internacionales, sienten la fuerte tentación de reducir la universidad a un instrumento de los poderes estatales y corporativos. Sin duda se necesitan técnicos y tecnólogos; se necesita capacitación para el empleo; se necesitan profesionales para las distintas áreas de bienes y servicios; pero no se puede ceder reduciendo la universidad a instituto tecnológico o, como está sucediendo en el Perú, darle a éste último la categoría de universidad.

Esa categoría, universidad, remitiría, en palabras de Derrida, a cierta herencia, en todo caso a cierta vecindad entre el porvenir de la profesión académica, el de la profesión de profesor, el principio de autoridad que deriva de ella, y la profesión de fe en la verdad. Derrida recuerda que “profesar”, palabra de origen latino, *profiteor, pro et fateor*, significa declarar abiertamente, declarar públicamente. Observa que la declaración de quien profesa es performativa. Compromete mediante un acto de fe jurada, un juramento, un testimonio, una manifestación, una atestación o una promesa. Se trata, en el sentido fuerte de la palabra, de un compromiso. Profesar es dar una prueba comprometiendo nuestra responsabilidad. “Hacer profesión de” es declarar en voz alta lo que se es, lo que se cree, lo que se quiere ser,

pidiéndole al otro que crea en esta declaración bajo palabra. Frente al valor performativo de la declaración que profesa prometiendo, está el valor constataivo del puro saber que, en la universidad o en cualquier otro lugar, no responde, en cuanto tales, a la profesión en sentido estricto. Depende quizá del “oficio” (competencia, saber, saber-hacer) pero no de la profesión entendida en un sentido riguroso. El discurso de profesión siempre es, de un modo u otro, libre profesión de fe, desborda el puro saber tecno-científico con el compromiso de la responsabilidad. Profesar es comprometerse declarándose, *brindándose como*, prometiendo ser esto o aquello, respondiendo, respetando. Así como no hay espacio sin tiempo, no hay respeto sin responsabilidad.

Sea como fuere, ya no estamos en 1968 y estimo que esa distinción entre universidades del “Espíritu” y universidades del “Poder” no tiene por qué ser reconducida a una oposición sin solución o sin mediaciones. Por ejemplo, la Universidad de Lima fue desde sus inicios y continuará siendo una institución de marcada personalidad empresarial. Esa fue la vocación de sus fundadores. No obstante, nunca perdió de vista la memoria de su esencia: el espíritu de educación que busca y ama el saber, el conocimiento, la inteligencia; esto es, valores que se persiguen por lo que son en sí mismos. La Universidad de Lima, desde sus orígenes, se identificó con ese derecho inalienable que consiste en buscar incondicionalmente la verdad y entendió que por encima de la profesión particular de sus egresados está su realización integral como seres humanos.

En los años en los que fui Decano de Comunicación, en concreto, en las ceremonias de graduación, terminaba siempre mis discursos con una letanía dirigida a los bachilleres. Una y otra vez insistía en que pueden dejar de ser alumnos pero que nunca deben dejar de ser estudiantes; insistía en que una Universidad es una comunidad de estudiantes; en que ser estudiante es una forma de vida; les decía que el éxito personal, aspiración legítima, no debía impedirles ser mujeres y hombres de bien, abiertos al sabor del saber, despiertos, asombrados, curiosos, que perciban la universidad no sólo como medio sino también, y fundamentalmente, como fin en sí mismo; que amen a su país y que participen en la solución de los problemas que lo aquejan. Creo que hay que insuflar en nuestros estudiantes ese espíritu republicano que los forma como ciudadanos soberanos. Más aún, considerando que en nuestro medio pululan entidades que, al no fomentar ese espíritu, hacen del estudiante un simple cliente.

En efecto, ante todo formemos personas de *bien*, ciudadanos plenos que cuiden el *bien* común, solo por añadidura podremos apostar que serán *buenos* profesionales en una sociedad en permanente transformación.

A todo esto, hay dos tipos de pensar, cada uno de los cuales es, a su vez y a su manera, necesario y justificado en la vida universitaria: la reflexión meditativa, atraída por el “Espíritu” y el pensar calculador, atraído por el “Poder”. Aquella, emblema de la razón cordial que

coopera, cuida y preserva; este, emblema de la razón instrumental que conquista, domina y transforma.

El pensar meditativo es aquel que va en pos del sentido que impera en todo cuanto es. El pensar calculador, mientras tanto, planifica, investiga, organiza una empresa, programa un software o construye un hardware. Es un pensar que considera siempre circunstancias dadas, que apunta a unas finalidades determinadas, que cuenta de antemano con ciertos resultados y que, aun cuando pueda no operar con números, calcula probabilidades continuamente nuevas, abre perspectivas cada vez más ricas y más económicas, pero no se detiene nunca ni hace un alto para meditar.

Cuando asumimos la tensión contemporánea entre esas dos modalidades del pensamiento paramos mientes en que el hombre de hoy *huye ante el pensar*. Queda claro que no nos referimos aquí al pensar calculador sino a la reflexión meditativa. Resulta que esta última anda por las nubes, no es útil para acometer asuntos corrientes, no aporta beneficios de orden práctico, exige un esfuerzo sostenido, un largo entrenamiento y delicados cuidados. Pero, cual campesino, debe saber esperar a que brote la semilla y llegue a madurar. En la perspectiva universitaria, esa madurez de la semilla del pensamiento es la condición para que una Universidad alcance su plenitud realizando estudios de doctorado. Tarea pendiente.

Vivir –decía Ortega y Gasset- es hallarse cada cual a sí mismo en un ámbito de asuntos que le afectan. La vida se encuentra a sí misma a la vez que descubre el mundo. Vivir es ocuparse con lo otro que uno mismo es. Mundo, *sensu stricto*, es lo que nos afecta. Por eso la generación que *crea* está en contacto con los problemas radicales de su vida mientras que la generación que *recibe* simplemente se conforma y no se cuestiona.

Nosotros interactuamos con el mundo de la vida social y somos afectados por él como una asociación civil sin fines de lucro. Una asociación organizada como comunidad académica creadora de valor (afectivo, cognitivo, práctico). Eso significa que el excedente que pudiera resultar al término del ejercicio presupuestal anual se invierte en favor del desarrollo de la propia institución: en producción de conocimiento, en una biblioteca de vanguardia, en becas para estudiantes, docentes e investigadores, en ampliación física y de infraestructura, en tecnología de punta. Ese excedente no puede ser distribuido entre sus miembros, ni utilizado por ellos, directa ni indirectamente.

En el marco de esa forma de vida de libre asociación civil que reinvierte en sí misma, que se consolida y fortalece año a año, formamos a nuestros estudiantes para asimilarse al proceso de generación de conocimiento y de cultura, para incorporarse gradualmente, con eficiencia y eficacia, a la creación empresarial, artística e intelectual. Para relacionar con inteligencia estratégica los

medios y los fines. Para unir, para integrar, para crear comunidades productivas, sanas y amables (siguiendo la consigna de que no hay empresas sanas en sociedades enfermas o en un medio ambiente polucionado).

En este tiempo, el hombre común, sin ninguna visibilidad corporativa, otorga al ambiente de la comunicación y de la información generalizadas el estatuto de nueva esfera existencial (eso que llamamos *bíos mediático* o *bíos virtual*); en esta época el número de dispositivos móviles interactivos (*tablets, laptops, smartphones* y *netbooks*) ya supera al de la población del planeta (siete mil millones de personas). Entonces nuestra experiencia de lo actual está profundamente afectada: el “efecto SIG” (simultaneidad, instantaneidad y globalidad) se impregna en una temporalidad cotidiana notablemente acelerada. Las distancias espaciales quedan abolidas mediante la prevalencia del tiempo. De nuevo, Derrida comenta que esa virtualización deslocalizadora del espacio de comunicación, de discusión, de publicación, de archivo, es una de las mutaciones que afectan al lugar y a la naturaleza del trabajo universitario. Por cierto, desde que hay lenguaje hay virtualidad, lo inédito hoy en día, añade, es la aceleración del ritmo, la amplitud y los poderes de capitalización de semejante virtualidad espectralizadora; fenómeno que conduce a repensar las fronteras entre lo posible y lo imposible. Estamos en una nueva etapa técnica de virtualización (informatización, numerización, globalización inmediata de la legibilidad, teletrabajo, etc.) que desestabiliza el hábitat universitario.

Trastorna su topología, inquieta todo lo que organiza sus lugares, a saber, tanto el territorio de sus campos y de sus fronteras disciplinares como sus lugares de discusión, su campo de batalla, su *kampfplatz*, su *battlefield* teórico, así como la estructura comunitaria de su “campus”. A todo esto, pregunta ¿dónde se encuentran hoy el *lugar* comunitario y el vínculo social de un “campus” en la época ciberespacial de la computadora, del teletrabajo y de la *world wide web*? Queda, entonces, radicalmente trastocada la topología del acontecimiento, la experiencia del *tener-lugar* singular.

Pues bien, la Universidad, en este nuevo mundo, debe acoger y garantizar la tensa convivencia entre la razón que crea, domina y transforma y la razón que cuida y preserva. Debe, en suma, conjugar el poder del espíritu con el espíritu del poder. En ese escenario acecha lo que Eric Fromm llamaba el miedo a la libertad.

Ken Robinson, notable educador británico, visitaba un colegio cuando vio a una niña de seis años, muy concentrada, dibujando. “¿Qué dibujas?”, le preguntó. “La cara de Dios”, respondió ella. “Pero si nadie sabe cómo es”, observó Robinson. “Mejor – dijo ella sin dejar de dibujar – ahora lo sabrán”.

El niño o la niña que **crea, cree** ciega y firmemente en su propio talento pues no tiene miedo alguno a equivocarse. Hasta que el sistema educativo, poco a poco, le enseña que el error existe, que hay que avergonzarse de cometerlo. Así pues, quizá sin desearlo, quienes

educamos nos dejamos llevar por la tendencia de estigmatizar y de penalizar el riesgo creativo y el error, de incentivar la pasividad, el conformismo, la repetición e incluso de reprimir la búsqueda y el descubrimiento. Ante esa tendencia, cabe convencernos de que la creatividad es cuestión de método, de que uno aprende a ser creativo tal como aprende a leer. De que todos somos superdotados en algo y de que la principal función de la educación debería ser descubrir ese algo.

El buen Leonardo Boff advierte que educar no es llenar una vasija vacía sino encender una luz. En otras palabras, nos dice que educar es enseñar -y aprender- a pensar y a sentir y no solo enseñar a tener conocimientos. La inteligencia se desata, se despliega, crece, cuando uno actúa poniendo en armonía lo intelectual y lo emocional. Por eso es que educar el intelecto no necesariamente da como resultado la inteligencia. El intelecto es tan solo el pensamiento funcionando separado de la emoción, pero no por eso obtiene inteligencia. Porque la inteligencia contiene la inherente capacidad tanto de sentir como de razonar; capacidades estas por igual presentes en ella de manera intensa y armónica. La inteligencia adviene, pues, con la plena sensibilidad y con la observación, y lo más importante, funciona creando comprensión, haciendo posible la solidaridad.

El caso es que los verdaderos conocimientos, los que echan raíz, nacen del hábito intelectual e inteligente de pensar en profundidad. Hoy en

día estamos informados en exceso; a partir de esa información, podemos conocer poco o mucho; pero lo que sí es cierto es que solemos pensar poco en lo que conocemos. Aprender a pensar es decisivo para que los estudiantes se sitúen autónomamente en el interior de la sociedad del conocimiento y de la información. Para que respiren libertad y se realicen como intelectuales inteligentes. En caso contrario, serán simplemente lacayos condenados a repetir modelos, fórmulas y eslóganes que se superan rápidamente. Para pensar de verdad y para actuar pronta y eficazmente, necesitamos ser creativos, críticos y cuidadosos.

Creativos. Saber dar alas a la imaginación, sin dejar de poner cable a tierra, soñar con lo no ensayado, inventar y reinventar, identificar potencialidades de la realidad, proponer innovaciones y alternativas consistentes y coherentes.

Críticos, esto es, saber situar las cosas en su contexto, darse cuenta de que los conocimientos muchas veces encubren y justifican intereses. La buena crítica es siempre autocrítica, perfecciona la correspondencia con los cambios reales, da razón de nuestras finalidades, nos ubica, nos sitúa. Nos enseña a tomar distancia.

Cuidadosos o cuidadores: atender siempre a los valores que están en juego, priorizar, poner por encima el bien común, no perder de vista el impacto que nuestras ideas y acciones pueden causar en los demás.

El conocimiento es continuo, intangible, no tiene cuando terminar, por eso va de la mano del emprendimiento y de la innovación. Es un recurso cada vez más rentable y hay que renovarlo permanentemente...hay que aprender a lo largo de toda la vida... Y la hegemónica economía de servicios en la que vivimos requiere de profesionales técnica y académicamente calificados; pero eso sí, con valores epistémicos, éticos y estéticos muy sólidos.

La Universidad se encuentra con el tempo lento de la reflexión meditativa pero también con el tempo rápido del pensar calculador que se compromete e involucra con la acción práctica, con el emprendimiento creador, con las estrategias creativas, con la empresa eficaz. Ahí busca y encuentra un balance o equilibrio entre la prudencia y la aventura. En ese trance, para finalizar, cabe mencionar algunos lineamientos generales que no son otra cosa que la conversión de algunas expectativas en tareas por realizar:

Continuar elevando la calidad de la propuesta académica de la Universidad expresada en los planes de estudio, en las metodologías de enseñanza, en la plana docente y en los hábitos de producción intelectual de docentes, alumnos y egresados.

Consolidar una política de investigación de calidad e integrada a redes nacionales e internacionales. Articular un sistema de información, investigación y publicaciones estrechando los vínculos entre Biblioteca, IDIC y Fondo Editorial. [Estudiar procedimientos de selección para

dar forma a un repositorio de tesis y de trabajos de investigación. Fomentar la utilización intensiva de bases de datos de la Biblioteca, actualmente subutilizados].

Desarrollar nuevas propuestas académicas en el campo de postgrado, de la educación continua y de la consultoría. Estudiar proyectos de maestrías y de doctorado así como proyectos de incorporación de la plataforma digital para cursos *on line*. [Continuar la política de acreditación internacional: carreras e institucional].

Crear un Centro de Producción Digital que potencie las metodologías de enseñanza aprendizaje y la proyección social.

Gestionar una política de responsabilidad social cimentada en los campos de ciudadanía y de medio ambiente. Somos la Universidad **de Lima**, de la ciudad misma, las águilas de la ciudad están en nuestro escudo. Hay aquí pendiente un asunto de identidad corporativa.

Afianzar la presencia de la Universidad en la vida cultural de la ciudad. Podemos ir dando forma a un conjunto sistemático de actividades que configure un núcleo de producción y de exhibición de diversas artes. Algo como un centro cultural del este de la ciudad.

Agradezco, una vez más, la confianza depositada en nosotros para asumir los cargos de rector y de vicerrector de la Universidad de Lima. Ese noble gesto nos compromete a responder con toda nuestra voluntad y capacidad en el desempeño de las mencionadas funciones.

Los invocamos, entonces, a colaborar con auténtico espíritu de cuerpo en la concertación de las políticas y en la ejecución de las acciones pertinentes con vistas a hacer cada día más grande a nuestra amada casa de estudios.